

## 05 MAR ADENTRO – COMENTARIO DEL EVANGELIO

En la primera charla explicamos el nombre y explicamos en qué textos, uno del padre Buela y un texto de Juan Pablo II, donde nos apoyábamos para usar este nombre de *Mar Adentro*, *Duc In Altum*.

Hemos hablado ya de la Tercera Orden en general, del carisma del Instituto, de los no negociables, cosas bien generales, bien de fondo que me parecían muy importantes.

Para particularizar algunas cosas de todo eso general que vimos, me pareció que lo primero que podría servir es explicar el texto de Lucas de donde tomamos esta frase del Señor, tan conocida, que es *Mar Adentro*, “navega mar adentro” o *Duc In Altum*, en latín.

No voy a concretizar nada esta vez, ya tenemos los siete puntos más importantes.

Me pareció que para que quede claro el contexto de esta frase del Señor y entenderla bien, no va a ser propiamente una meditación, pero sí una explicación de este Evangelio tan hermoso de Lucas. El único Evangelio que trae este pasaje es Lucas.

Voy a seguir bastante, no todo, pero bastante, al padre Fuentes, sacerdote nuestro que más escribe, él es moralista, es su especialidad, pero ya hace unos años que está estudiando bien fuerte la Sagrada Escritura y tiene comentarios a los Evangelios y algún que otro libro más; muy buenos.

Este libro “Comentario al Evangelio de San Lucas”, sería para leerlo. Comienza diciendo:

“Dejo constancia de antemano de haber cometido notables pecados que ningún exégeta moderno me perdonará...he aceptado como ciertos todos los milagros que él relata... ‘curar leprosos’ lo he tomado como ‘curar leprosos’, ‘multiplicar panes’ como equivalente de ‘multiplicar panes’, y ‘resucitar muertos’ en el sentido de ‘hacer que un muerto deje de estar muerto para volver a estar vivo’”.

Es toda una ironía de que hoy en día se dice una cosa en el Evangelio y se entiende otra, se le hace decir al Señor cualquier otra cosa. Muy fiel a la verdad del Evangelio.

Los Evangelios no tienen títulos, pero se le suelen poner títulos para ayudarnos; a éste se le suele llamar el Evangelio de la Pesca Milagrosa:

### Lucas 5, 1-11

*“Estaba Él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban sus redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.» Simón*

*le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes.»<sup>6</sup>Y, haciendo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. <sup>7</sup>Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. <sup>8</sup>Al verlo Simón Pedro, cayó de rodillas delante de Jesús, diciéndole: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.» <sup>9</sup>Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. <sup>10</sup>Y lo mismo de Santiago y de Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» <sup>11</sup>Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron».*

## TIERRA SANTA

Voy a mostrar algunos mapas para ubicarnos, viene bien conocer un poco de Tierra Santa. Cuando éramos más jóvenes, sentíamos atracción por un cantante, o los jóvenes que siguen a un jugador de fútbol; ponen mucho interés en conocer todo, todo lo que se pueda de esa persona; cuando uno se siente atraído por alguien trata de conocerlo cada vez más. Nosotros tenemos que tratar de conocer al Señor lo más que podamos. Uno dice “el conocimiento de Jesús no es un conocimiento geográfico”, pero ayuda porque cuando una persona sigue a otra, un cantante, conoce todo, donde nació, que hizo, que ropa usa; quiere saber todo.

El conocimiento de Jesús que tenemos que tener es un conocimiento interno, como pide San Ignacio: “Conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre para que más le ame y le siga”. Sin embargo, el conocimiento externo ayuda al interno; todo lo que podamos saber de lo externo de Jesús, me ayuda a conocer lo interno, me ayuda a entender lo que está diciendo, por qué lo está diciendo, dónde estaba. De vez en cuando tomar una Vida de Jesús y ponerse a leer y entender más cosas, viene muy bien y es parte del amor que le tenemos a Él. Voy a poner unos mapas que pueden ayudar a ubicarnos donde está esto que acabamos de leer.

Esto es Tierra Santa, tiene unos 150km, en medio se encuentra el río Jordán. Al menos hay que saber que Jerusalén está al sur, Belén está muy cerca; y Galilea, Cafarnaúm, Cana, están al norte. Las cosas pasan en el sur o en el norte de Tierra Santa. En el medio no pasa nada porque esta Samaria -sí, lo del Samaritano, lo que cuenta el Señor-, pero nunca se frena el Señor aquí a predicar, salvo cuando está de camino; de camino se encuentra con la Samaritana.



El Señor vive en el norte, Nazareth está en el norte. Cuando es el edicto del César, tienen que venir hasta el sur, a Belén, que son 4 ó 5 días a lomo de mula, 140km más o menos. Después se van a Egipto. Cuando vuelven es a Nazaret. La vida pública del Señor comienza en el Jordán, donde está bautizando Juan. Cerca de Jericó está el monte donde el Señor hace los 40 días de ayuno, en el desierto. Después vuelve y su vida pública es en Galilea. Tiene viajes a Jerusalén, uno por año; todos los varones tenían, -creo que las mujeres también-, después de los 12 años, los varones tenían que ir a Jerusalén. Él va desde que tiene 12 años. La primera vez que va se queda: la pérdida y el hallazgo.

Al norte es donde está el resto del tiempo; salvo cuando baja a alguna fiesta, está arriba, al norte. Galilea es un lugar importante para la vida de Jesús, para la predicación del Señor.

Mateo 4, 15 está citando el Antiguo Testamento:

*“15;Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles! 16El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido. 17Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado”.*

Está profetizado que el lugar de Tierra Santa que iba a ver la luz de Jesús, su predicación, era Galilea. Es un lugar muy importante en la vida del Señor.

Cada vez que se dice el mar de Galilea o de Tiberíades, todo sucede en este mar, todo. Le dicen mar por el tamaño que tenía que es grande, pero no es el mar Mediterráneo.



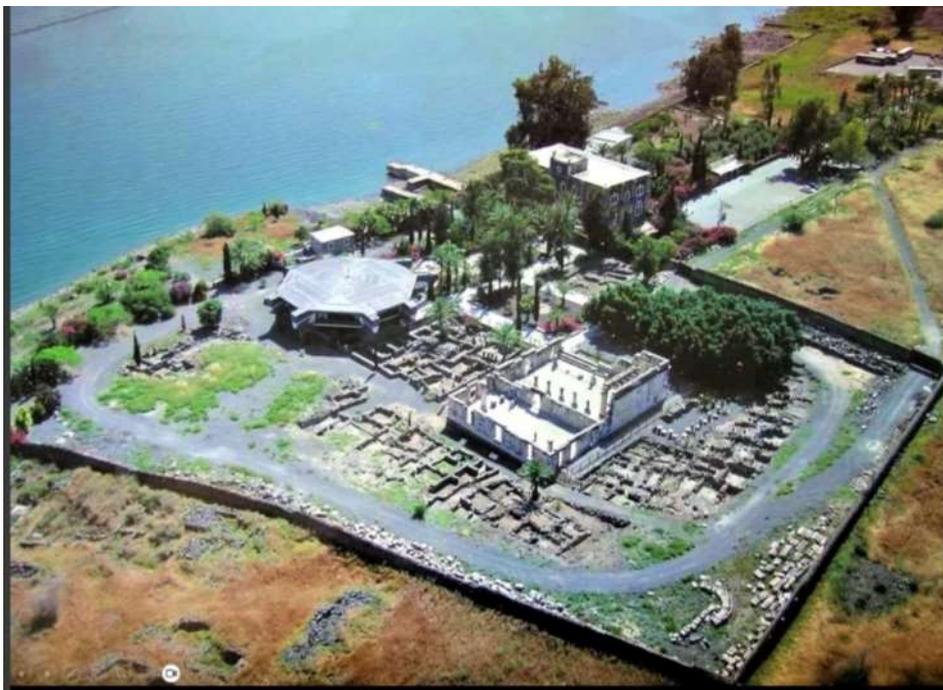
Cafarnaúm es el lugar donde pasa lo que vamos a comentar ahora. ¿Por qué el Señor estaba en Cafarnaúm?, porque es la ciudad de Pedro, es una ciudad bastante pequeña. ¿Por qué Jesús predica ahí?, porque pasaba por ahí la que se llamaba *Vía Maris*, Camino del Mar; tenía otro nombre antes, pero el Evangelio le pone ese nombre y de ahí quedó. Este camino, que termina en Egipto, era muy importante para el imperio romano.





Este camino se bifurca en *Damascus* (Damasco); una de las bifurcaciones pasa por Cafarnaúm, era un lugar de mucho tráfico de gente, aunque era pequeño. Para que entendamos, Jesús va a predicar donde pasaba mucha gente. En este misterio es donde se muestra que Él empieza, hace como un cambio, empieza a predicar ya -hay algunos otros misterios antes (Lucas 5)- aquí es cuando empieza ya, se lanza. San Pedro fue a Roma porque era el centro.

El Señor no va a Jerusalén porque estaba profetizado que iba a estar en Galilea; pero va, en Galilea, a un lugar donde pasaba mucha gente. No se esconde el Señor, va a un lugar neurálgico donde pasaba mucha gente porque era un camino muy importante en ese tiempo. Todo el comercio pasaba por ahí, llegaba a Damasco.



Esto es Cafarnaúm, era muy chiquito, era un caserío; debajo de esta construcción está la casa de San Pedro, están los cimientos de la casa San Pedro debajo de esto; y esto es una iglesia. También se ve la sinagoga que, en una de las partes, tiene la sinagoga en la cual estuvo Jesús; ésta es posterior. En la sinagoga Jesús predicó el discurso del Pan de vida.

En este episodio hay un giro en la vida del Señor. Él estaba predicando los sábados cuando se juntaban en la sinagoga. Uno de los sábados, Él coge el rollo, lee Isaías y dice “eso me pasó a mí; este soy yo; lo que dice esto, me está pasando a mí”. Estaba adaptándose a lo que hacían los demás rabinos. Aquí ya hay un cambio muy grande y el Señor empieza a predicar a las grandes multitudes; comienza su vida de maestro itinerante y de misionero popular usando, como lugar de reuniones e improvisando púlpito, de donde fuera; donde estaba, usaba lo que podía; en este caso, mucha gente de unas barcas.

El Señor ya conocía a los dueños de las barcas. No es la primera vez que se encuentra con Pedro, con Santiago y con Juan; de hecho, es la tercera vez que se encuentran. Se habían encontrado una vez cuando lo habían conocido mientras estaban en el sur, en el Jordán, cuando estaba Juan bautizando, y Juan le dice: “*es el Cordero de Dios...*”; después, cuando el Señor los ve en el norte a orillas del mar de Tiberíades y les dice que lo siguieran y ahí dejan las redes; pero en este caso, lo siguen para siempre, por eso termina diciendo: “*dejándolo todo lo siguieron*”.

## PALABRA DE DIOS

Se sube el Señor y les pide que lo dejen predicar. Una cosa importante es que la gente estaba deseosa de escuchar la Palabra de Dios. La gente se agolpaba sobre Él para oír la Palabra de Dios. Cada palabra de Jesús es la Palabra de Dios, cada palabra. El amor que nosotros tenemos que tener a la Escritura, ese amor, tenían que tener ellos, y se lo tenían de hecho a cada palabra que decía el Señor. Y así, nosotros también ahora, lo que nos quedó en la Escritura de lo que Él dijo, tiene que sonar para nosotros como realmente lo creemos, pero darle toda la fuerza: **Palabra de Dios**.

Estoy leyendo estos días un artículo del padre Buela, de nuestro fundador, largo el artículo, yo lo conocía en parte, la primera vez que lo leo todo, -tenía que haberlo leído antes-, se llama “El infierno light”, está realmente muy bien. Light significa un infierno que no hay pena de daño, que no hay pena de sentido, y dice que a las palabras del Señor no se les da importancia. El Señor habla tan claro del infierno, tan claro, que si tengo fe que es Palabra de Dios, ya está, tengo fe que es Palabra de Dios, con eso alcanza, me alcanza y me tiene que sobrar. ¿Cómo puedo yo decir algo en contra? Si bien es un tema éste que es difícil, nos cuesta, por eso el padre Buela va a decir:

“Tal vez en ningún otro punto de doctrina se ve tanto la simetría entre la fe católica y la fe progresista como en esto del infierno”.

Si uno quiere saber si una persona con la que está es progresista o no preguntarle: ¿qué opina del infierno?, ¿existe?, ¿hay gente?, ¿está vacío?, ¿es eterno o no?, ¿existe la pena de daño?, ¿existe la pena de sentido? Hay obispos que dicen, -conozco casos-, a laicos que le han preguntado a obispos; hay un laico de la Tercera Orden nuestra y le decía a su párroco con mucha caridad que el infierno existía, que no estaba vacío; y una vez vino el obispo a hacer las confirmaciones a la parroquia y, están comiendo junto con el laico, y le dice: Monseñor, ¿el infierno existe? -No, no, no existe; o no existe o está vacío porque si no, dudaríamos de la Misericordia de Dios. ¡El obispo! que además era el primado de ese país y no, no era Argentina.

¿De dónde sacan eso? Entre otros de Schillebeeckx que es un dominico belga. El padre Buela dice:

“Schillebeeckx ignora que el mensaje y la vida de Jesús de Nazaret incluye la clarísima enseñanza de que existe el infierno con su pena de daño: “***Apartaos de***

*mí, malditos...*”, con su pena de sentido: “...*id al fuego...*”, con su eternidad: “...*fuego eterno...*”, y con sus habitantes: “*E irán estos a un castigo eterno*”. No deben creer que “*Jesucristo ha venido en carne*” (1 Jn 4, 2) quienes niegan verdad, autoridad y utilidad a todas sus palabras”. (**Padre Buela, El infierno light**).

Si yo le niego verdad, o le niego utilidad, o le niego autoridad a la Palabra de Cristo, no creo que Cristo se ha hecho hombre, punto, no hay más vuelta que esa.

“Quienes creemos que Él es ‘*el Verbo* [que] *se hizo carne*’ (cfr. Jn 1, 14) confesamos y por ello estamos dispuestos a dar la vida si fuese necesario a Cristo: ‘*Tú tienes palabras de vida eterna*’ (Jn 6, 68). Y también son *palabras de vida eterna* sus palabras sobre el infierno”.

Aunque son palabras que duelen; pero son palabras de Vida Eterna porque son la verdad. Ironiza un poco el padre Buela, acá dice: Schillebeeckx se cree más bueno que Dios, él tiene un plan mejor que el de Dios. Para Schillebeeckx, si en algún caso un alma peca, así tan terriblemente como para no estar en el cielo, se aniquila; esa es la teoría de Schillebeeckx.

Cada Palabra del Señor, cada Palabra del Señor vale lo que vale la Palabra de Dios con todo lo que eso implica. Eso es lo que nosotros queremos para nosotros y eso es lo que nosotros tenemos que dar a los demás. Por eso, cuando la Iglesia, los miembros de la Iglesia -cuando digo algún defecto de la Iglesia, siempre estamos hablando de nosotros, no de la Iglesia Inmaculada, esposa de Cristo- no predicamos a Jesús, perdemos fieles. ¿Por qué? Porque a quién le importa lo que dice un hombre si no es eco de lo que dice Jesús. Lo único que tenemos que hacer es repetir la Palabra de Jesús, explicarla lo mejor que se pueda. Lo que tiene fuerza es Jesús, sólo Jesús y nada más que Jesús. Y no va a fecundar otra cosa el Espíritu Santo que lo que digamos en esa línea. Uno ve lugares en el mundo, -por ejemplo, yo estoy acá-, ¿por qué falta fe? Hay circunstancias, situaciones humanas que han sucedido, sociales, sociológicas; pero el gran problema es que se dejó de predicar el Evangelio de Jesús. ¡Ese es el gran problema! Y cosas humanas no se siguen, ni los mismos sacerdotes las siguen; sacerdotes que no predicán a Jesús, sino que predicán su religión, por decirlo de algún modo. Gracias a Dios, eso ahora está cambiando, pero estamos sufriendo las consecuencias de muchos años.

Jesús, entonces, explicando la Palabra de Dios que era Su Palabra. Había dicho el profeta Amos, lo había dicho el Espíritu Santo por boca del profeta:

*“He aquí que vienen días, oráculo de Yahvé, en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahvé”.* (**Amos 8, 11**).

Podemos decir que el hombre moderno, a pesar de todo, tiene sed y hambre de la Palabra de Dios. Hoy empezaron los Ejercicios de la segunda tanda; un comentario que leí del primer video decía: “tanta gente que está haciendo esto; se nota que todavía hay sed de Dios”. Porque no estamos ofreciendo nada que pueda vender. Ya un cura con

sotana no te vende nada; o estás buscando a Jesús; o tienes sed realmente de Dios, de Su Palabra; o te vas a otro lado.

## DUC IN ALTUM

El Señor pide lugar para predicar porque no tiene, se sienta, y le dice a Pedro que bogue mar adentro, que reme mar adentro, que vaya mar adentro, *Duc In Altum*. Altum en latín significa profundo, -guía la barca a lo profundo-, mar adentro. Interesante es que estaba pidiéndole a Pedro algo realmente difícil porque Pedro había visto hacer ya cosas al Señor, llamativas, muy llamativas, como, por ejemplo, darle la salud a su suegra. En este caso, le estaba pidiendo algo en lo cual Pedro era experto, en eso sí sabía Pedro, de pescar sí sabía y es distinto. Igual que a nosotros nos es más difícil ser humildes. A mí, si me dicen: “qué mal que dibujas, qué mal que pintas”; si yo soy pésimo para eso, no me voy a enojar; sí, soy un desastre, lo tengo súper asumido. Si me dicen algo de una cosa que yo sé o al menos yo creo que sé, ahí el amor propio suele morder un poco. Y Pedro por eso hace un acto realmente de confianza en el Señor. Le dice: “Hemos estado bregando -bregar es hacer un trabajo con mucho esfuerzo- toda la noche y no hemos pescado nada”. Estaban cansados; “toda la noche” se dice fácil, pero hay que estar toda la noche trabajando, pescando y desanimados. Y ellos sabían que a la mañana no se pesca, cualquier pescador sabe que a la mañana no se pesca y más ellos que por algo pescaban de noche -habrá un pez que se pueda pescar de día, no sé-. Pero dice: “En tu Nombre, en tu Palabra, echaré las redes”.

Primero le dice que vaya mar adentro.

*“4Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: ‘Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.’ 5Simón le respondió: ‘Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes’”. (Lc 5, 4-5).*

Ese acto de confianza de Pedro es muy grande y nosotros tenemos que ponernos en situación. Cuántas veces el Señor puede pedirnos cosas que humanamente hablando no cierran, actos de confianza que humanamente hablando no lo haríamos.

Dice el padre Fuentes:

“Nuestro Señor no ha cambiado mucho en su proceder, y sigue hoy ofreciéndonos sus milagros a contracorriente, contra la lógica humana, pidiendo de nuestra parte un acto que, siempre humanamente visto, nos parece ineficaz, propio de inexpertos...”. **(P. Miguel Ángel Fuentes, Comentario al Evangelio de San Lucas).**

Porque Pedro, lo que estaba haciendo, era propio de alguien que no supiera nada de pesca.

“Y además que exige vencer nuestro desaliento, desgana y cansancio. Ya queremos irnos a dormir; lo intentamos de todos los modos posibles y durante todo el

tiempo que la prudencia humana nos ha sugerido, y no ha pasado nada. Es hora de descansar, la próxima noche lo intentaremos. Todavía hoy sigue diciendo el Señor: boga mar adentro una vez más, ahora mismo, y arroja las redes”.

Una vez más, una vez más. ¿Por qué no esta vez voy a lograr esto que no podía antes? ¿Por qué no voy a superar esta dificultad? ¿Por qué no si el Señor me lo está pidiendo? Contaba una vez una anécdota de un niño que pasa con su padre al lado del circo y ven al elefante atado con una soguita muy finita y una estaca que la puede sacar un hombre; y le pregunta al hijo: “¿Por qué el elefante no se escapa?”, y el niño no sabe. El padre le explica: “Cuando ese elefante era pequeño lo ataron a esa estaca, con esa misma fuerza que tiene la estaca ahora, con el mismo cordel, y él era muy chiquito; imagínatelo haciendo esfuerzos una y otra y otra vez para poder salir de ahí, librarse de esa estaca; una vez, dos, tres, cien, un día; nunca pudo y un día se cansó y después de ahí nunca más intentó. Ahora que es grande podría fácilmente, pero nunca más lo intentó porque no pudo cuando era pequeño”. Esto se puede aplicar también a nuestra vida espiritual con las cosas que uno quiere superar. Hemos intentado todo; todo no, porque si el Señor me lo pide de nuevo, todavía puedo intentar una vez más y confiando en la gracia de Dios, confiando. Esto se aplica a muchas cosas en nuestra vida, confiar en el Señor: en Tu Palabra, en Tu Nombre. Y si queremos ir a algo que nos toca a todos: “*sed perfectos como es perfecto vuestro Padre Celestial*”. Jesús quiere que yo sea santo, lo quiere; en cualquier momento de mi vida puedo decir: “Señor, en Tu Nombre lo intento una vez más, en Tu Nombre”. El padre Buela solía decir:

“Pidamos la gracia de ser santos, busquemos ser santos y no nos cansemos de pedir al menos que en el último instante de nuestra vida, no importa que sea ahí, pero que ahí nos dé la gracia el Señor de ser santos”.

No nos cansemos de pedir, y también decía para el que cae: mil veces caes, mil te levantas. En Tu Nombre, confiando en la Misericordia del Señor, me levanto, una vez, otra vez; en Tu Nombre Señor, echaré la red; en Tu Nombre, lo intentaré de nuevo; en Tu Nombre, sí, en Tu Nombre, no por mi fuerza; humanamente hablando, esto que estoy haciendo no tiene sentido; en Tu Nombre, la Palabra de Jesús.

Alguna vez también he contado otra anécdota, esto ya no es un hecho real. Se le aparece el Señor a un joven y le dice: “Señor, ¿qué quieres de mí?”, y el Señor le muestra una piedra grande y le dice que quiere que él empuje la piedra. Este joven, una y otra vez, hace fuerza, hace fuerza, se esfuerza, -creo que la piedra tapaba la puerta de algo-, intenta un tiempo y llega un momento que se desespera y no da más. Después de varios años de intentar, se desespera, llora, grita. Se aparece el Señor y le dice: “¿Qué te pasa?”, le contesta el joven: “Que me has pedido algo imposible”; y el Señor le dice: “Yo te pedí que empujes la piedra, que hagas esfuerzo, no te pedí que la muevas; mira ahora cómo estás, mira tus piernas, mira tus músculos que tienes, mira la espalda, mira tu voluntad, mira todo lo que has logrado con ese esfuerzo. ¡Eso quería! Yo voy a mover la piedra”. Entonces el Señor mueve la piedra. El joven había puesto todo de su parte.

Lo mismo Santa Teresita: el Señor nos pide que tratemos de subir el primer escalón de la vida espiritual, y hago un esfuerzo una vez, otra vez, otra vez; no puedo, no puedo, no puedo; pero el Señor ve ese esfuerzo y se compadece de nuestra pequeñez y nos toma Él y nos lleva hacia arriba, hacia la escalera, hacia Él. En Tu nombre, en Tu nombre Señor.

## GENEROSIDAD DEL SEÑOR

Aquí se da lo de la pesca milagrosa, echan las redes y hay que imaginarlo esto. El Señor hace pescar tanto que parece que se van a romper las redes, esas redes estaban preparadas para tener muchos peces, no eran ningunos tontos. Si la red parece que se está por romper, quiere decir que han pescado; es más, llaman a la otra barca y parece que se están por hundir. Así de generoso es el Señor. También en eso hay que ver cómo el Señor es generosísimo en sus milagros. Cuando transforma el agua en vino en Caná les da 600 litros de vino, ¡es una monstruosidad!, una cantidad y de un buen vino que les sobró y les quedó. Así hace el Señor. La pesca milagrosa es una pesca exuberante. Cuando el Señor dice: *“Esta es la voluntad de Dios que vayáis y deis fruto y ese fruto sea abundante”*, está diciéndonos que vayamos y demos fruto y que el fruto va a ser abundante. Y uno puede decir: *“¿Qué pasa que no hay frutos en mi vida?”* Puede ser que no los vea, puede ser que no esté haciendo todo lo que tenga que hacer, puede ser que... San Carlos de Foucauld convirtió a una señora en toda su vida, la bautizó, en toda su vida. Estaba en una zona de musulmanes, una zona desértica, muy difícil. Después de su muerte, de su espiritualidad nacieron muchas familias religiosas, el fruto fue después. No importa cuándo va a ser, lo importante es que, si yo hago la voluntad de Dios y le creo a Jesús, sin duda que se da el fruto, sin duda y abundante, abundante. Hay que confiar en Su Palabra porque o creemos o no creemos, no hay medias tintas.

En esto, como decíamos, estaba desafiando la pericia profesional de Pedro; por eso, cuando ve el milagro, le causa un efecto mucho mayor que cuando ve el milagro de curar a la suegra y no porque no quisiera a la suegra, sino porque está en su salsa, él podía palpar perfectamente el milagro. Un pescador sabía muy bien que no se podía pescar a esa hora y no se podía pescar esa cantidad de peces, no había forma; llevaba años pescando, años. Sabía distinguir bien entre un sagaz detector de cardumen porque, aquí, el padre Fuentes cita a un autor que suele ser bastante asertivo y, en este pasaje, el autor dice: *“No, el Señor vio que había un cardumen ahí”*. Pedro no va a tener la reacción que tuvo, la reacción de Pedro habla que palpó el milagro: *“cayendo de rodillas le dijo: Señor aléjate de mí que soy un hombre pecador”*.

*“Pedro reacciona sacando al descubierto su mentalidad judía, según la cual el pecador no puede subsistir delante de la santidad absoluta de Dios”*. (P. Miguel Ángel Fuentes, Comentario al Evangelio de San Lucas).

Él ve el poder divino de Jesús.

Isaías también se había sentido perdido por haber visto a Dios:

*“¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yabveh Sebaot han visto mis ojos!”*. (Is 6, 5).

Lo mismo pasó con Uzzá, aquel que tocó el Arca y se murió (Sam 2, 6). Tenían conciencia de la sacralidad de Dios, de la importancia, de la grandeza de Dios. También Pedro se siente indigno ante la majestad del Señor y le pide apartarse.

## SACRALIDAD Y GRANDEZA DE DIOS

En este sentido, nos puede servir lo que decimos a veces cuando hablamos de la Misa. Juan Pablo II, en una catequesis de 1985, -lo trae el padre Buela en un escrito que se llama “*Mysterium tremendum et fascinans*”, tremendo y fascinante hablando de la grandeza de Dios-, Juan Pablo II habla justamente de que la santidad de Dios, -en hebreo es “*qadosh*” y en griego es “*hagíos*”-, esa palabrita que remite a una realidad, tiene dos componentes, dos cosas que van unidas y que de algún punto de vista parecerían contradictorias que es el “*facinosum*” o el “*facinans*”: Dios como algo fascinante, atractivo de una atracción como nada me puede atraer; pero también lo “*tremendum*” o el “*tremens*”; la santidad de Dios es tremenda, es terrible. La santidad también suscita esto de Pedro “*apártate de mí que soy un pecador*”. Las dos cosas se tienen que unir y prevalece el no alejarse de Dios. Pero si nunca nos hemos sentido pecadores ante Dios, por más que no tengamos esta idea de Pedro de que se aleje, pero sentirnos indignos ante Dios, no es mal signo, no es malo para nada; después uno hace el acto de, claro, Dios me perdona, su Misericordia es infinita, no tengo que tener ninguna duda de eso; pero eso no quita la otra parte. Es lo de San Ignacio en los Ejercicios: empezamos pidiendo perdón por los pecados. Toda espiritualidad seria tiene esa parte porque toda espiritualidad seria se lo toma en serio a Dios, la santidad de Dios, la grandeza de Dios, la trascendencia de Dios. Que Él se haya acercado a nosotros hasta el punto que se hizo Hombre y murió en la Cruz, no quita, en absoluto, que Dios sea quien es con la grandeza que tiene. Pedro, en este caso sobretodo, experimenta eso: lo tremendo de Dios, lo tremendo por lo grande que es parte de la santidad.

En el caso nuestro sobretodo está esto de la humildad, la pequeñez. Este misterio me habla de que yo tengo que estar ante Dios siempre de algún modo como Pedro: me siento ante Dios muy pequeño, es bueno eso. Todo tiene su exageración y el diablo puede meterse en todo y desfigurarlo pero de suyo, el sentimiento es muy bueno; por eso vamos a decir lo de San Pablo, lo citamos hace poquito en uno de los sermones, tengo un post del Blog que se llama “La fuerza de la debilidad” que habla un poquito de esto que, como San Pablo dice: “*en cuanto a mí sólo me gloriaré de mi flaquezas*” (1 Corintios 12, 5). Tenía esa tentación, ese aguijón de la carne, “*te basta mi gracia que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza*”. Dice después: “*con gusto seguiré gloriándome de mis flaquezas para que habite en mí la fuerza de Cristo*”; y entonces dirá: “*cuando soy débil, soy fuerte*”.

Todas estas cosas se dicen muy fácil, las conocen ustedes mejor que yo quizás, las repetimos; pero en el momento que nos sentimos que no podemos nada, que no somos nada, ahí nos olvidamos, se nos viene el mundo abajo y Dios es tan bueno y tan grande que, después de esos momentos, suele regalarnos cosas muy grandes y así y todo no las terminamos de aprender; cuando otra vez estamos muy desolados, otra vez volvemos a poner en duda si realmente....

San Juan de la Cruz: “Dios para prendarse de un alma no se fija en su grandeza sino en la profundidad de su humildad y en lo despreciada que está”.

San Agustín: “Cuando tú deseabas poder por tus solas fuerzas, Dios te ha hecho débil para darte su propio poder porque tú no eres más que debilidad”.

Santa Teresa: “No me acuerdo haberme hecho el Señor merced muy señalada de la que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin”.

“Deshecha de verme tan ruin”, se dice fácil, no es tan lindo sentirse deshecho por verse tan ruin. Es que si no hace así el Señor, nos haría daño; porque si el Señor nos regala sus Gracias y siempre estamos en consolución, la soberbia se va para arriba. La mejor manera, la más fácil que tiene el Señor de mantenernos humilditos, es hacernos ver nuestra nada que es la humildad, propiamente hablando, conocer nuestra pequeñez. A San Pablo le pasó antes de convertirse; San Pedro tuvo que caer, porque este San Pedro “*apártate de mí que soy un pecador*”, después se olvidó, después se olvidó; porque de hecho, cuando Jesús le dijo: “*esta noche tres veces...*”, Pedro, si hubiera sido el mismo Pedro que aquí, que al principio, hubiera dicho: “¿Me está diciendo Dios, el mismo Dios hecho Hombre, el mismo Dios que yo le dije..., me está diciendo que lo voy a engañar?”, cuidado, a ver, a ver... ¡qué seguridad!, no, no, yo, yo. Y ojo que Pedro después -es cierto que lo traicionó, no vamos a decir que no-, pero Pedro estaba dispuesto a pelear; humanamente hablando, lo que hizo Pedro no es poca cosa, sacó el arma y estaban todos los servidores, eran unos pescadores, los iban a ganar ahí en el Huerto de los Olivos, pero a Pedro no le importó. Hizo algo, es lo que él tenía pensado que iba a hacer: si hay que morir por ti voy a morir; pero él pensaba morir luchando. También hay que tener cuidado en todo esto que el orgullo, la confianza desordenada de nosotros mismos, se puede venir por ese lado, no por el lado de no hacer nada, no una confianza que me hace tirar para abajo y yo no puedo nada; sino al contrario, confío tanto que hago cosas que Dios no quiere que haga, que es presunción lanzarme a cosas que no me tocan, lo que le pasó a Pedro.

Tanto en la vida interior, en el trabajo de *Duc In Altum*, hacia adentro, y lo que yo tengo que hacer para ser santo, tengo que hacer lo que Dios me pide a mí, no puedo hacer lo que hicieron los santos materialmente, no. Si yo quiero dormir lo que dormía el Santo Cura de Ars, a los tres días al primero que se me cruce le pego un grito y le digo que me deje; no, no podemos. Eso no quita que uno tiene que exigirse, pero también tengo que ser humilde, hasta dónde llego y hasta dónde llego ahora; quizás que más adelante Dios me concede la gracia, pero tengo que ir al ritmo de la gracia, al ritmo de lo

que puedo aquí ahora. También en las obras de celo, en las obras de apostolado, en las obras hacia afuera, hacer cómo Dios quiere, cuánto Dios quiere.

## CONFIANZA EN EL SEÑOR

“*Apártate de mí...*”. Y esa impresión que le vino a Pedro, también le vino a Juan, también le vino a Santiago. Dice a todos, -pero aclara el Evangelio, hermosamente, también a Santiago y a Juan porque son los tres Apóstoles, son las columnas que están en los momentos más importantes de la vida del Señor y el Señor les invita a la confianza- a Pedro y por medio de él a los demás: “*No temas, no temas*”. ¡Eso del temor es una cosa! A mí siempre me quedó grabado, -por eso seguramente me lo han escuchado si han escuchado algunas de las reglas de discernimiento de San Ignacio que ya había dado-, que San Juan de Ávila dice hablando del miedo y del demonio: “Todo el ardid de su guerra se ha -lo dice así en castellano antiguo- por vía de miedo”. ¡Es muy fuerte! San Juan de Ávila es Doctor de la Iglesia. Todo lo que nos hace el demonio nos lo hace por el miedo, es muy fuerte; por supuesto que no vamos a caer en la exageración de decir que nada es por otra cosa, no, pero tiene su fuerza.

Uno podría decir, pero si una persona cae en un pecado contra la castidad, ¿dónde puede estar el miedo? El miedo a la cruz que implica enfrentar una tentación, porque la virtud de la castidad también implica vencer la tristeza, lo dice Santo Tomás, porque da tristeza por momentos la virtud de la castidad, por momentos, -en el momento de la prueba, toda virtud da mucha alegría-, pero como me estoy privando de un bien, en un orden es un bien, en otro orden es un mal. El diabético que tiene ahí la torta o el pastel que no se puede comer, le pone triste no poder comerse eso y nadie va a decir que ese pastel no es en sí mismo un bien, existe, es dulce, a él le va a producir dulzor; obviamente, si se lo come le hace mal, está mal. Hay que distinguir los órdenes.

Cuando uno hace ayuno, ¡me pone triste! Les contaba la historia de mi padre con un sacerdote; le dijo: “Padre, a mí me pone triste hacer ayuno”. “Puede ofrecer dos cosas entonces”, le dijo el sacerdote, “puede ofrecer la tristeza y el ayuno”. No le perdonó nada. Me pone triste ese bien que está ahí, que es la comida y que no lo puedo comer; y que si es Miércoles de Ceniza, a lo mejor puedo pecar y gravemente. En la castidad también hay cosas que es cierto que, en estos casos, es más difícil verlo como un bien; pero la naturaleza puede entristecerse, aunque ese sea un bien ilícito, es un bien, es ilícito.

No voy a decir que es un bien el pecado, son distintos órdenes; pero sí que la castidad a veces produce en una persona tristeza. Hasta que no se adquiera la virtud propiamente, rechazar una tentación puede producir tristeza y, a esa tristeza, le puedo tener miedo, le puedo tener miedo a estar triste. Para poner un ejemplo.

El miedo muchas veces nos domina más de lo que creemos, más; por eso lo que dice el Señor acá a Pedro: “*No temas*”. San Juan Pablo II ha repetido mucho eso; así empezó su pontificado: “No tengáis miedo”. En italiano dicen: “Aprite, spalancate le porte”,

como sacarles las bisagras a las puertas, es un abrir de una manera muy fuerte; nosotros diríamos abrir de par en par. Hay que tener mucha confianza en las palabras del Señor: “No tengas miedo”; se le puede agregar aquello que decía después de resucitar: “*Παζ a vosotros*”, no tengáis miedo. No tengas miedo hacia adentro: de mi trabajo en la santidad, de tales virtudes que tengo que alcanzar o, -cuántas veces pasa haciendo Ejercicios-, que se le tiene miedo a la voluntad de Dios, miedo a que Dios me pueda pedir esto. No tengáis miedo. ¿Cómo Dios me va a pedir algo...? Sí, me puede costar, pero lo que me va a dar el Señor es mucho más, muchísimo más. No tengáis miedo.

Y no tengáis miedo hacia afuera: que Dios me pide obras de apostolado, obras de celo. No tengáis miedo. Les leo algo de San Claudio de la Colombiere, los santos son de carne y hueso, la santidad es santidad, pero pasaron por pruebas como nosotros. Escribe él a su hermana monjita de clausura, le dice:

“Qué dichosa eres, hermana mía, de vivir en soledad; envidiaría tu retiro con todas tus penas y males si no estuviera convencido de que no hay en el mundo bien mayor que el de hacer la voluntad de Dios que nos gobierna”.

La envidiaría porque ella estaba en soledad con todas las pruebas, pero esa soledad un santo la quiere estar con el Señor; pero la voluntad de Dios era otra y entonces no la envidia, pero le dice:

“...pero, hermana mía, he ahí la dificultad, la de vivir constantemente entre los hombres y no buscar más que a Dios, el tener siempre tres o cuatro veces más asuntos de los que se pueden atender sin perder no obstante ese reposo del espíritu fuera del cual no se puede poseer a Dios, el tener apenas algunos minutos para entrar dentro de sí y recogerse en la oración y no estar nunca fuera de sí, todo eso es posible, pero convendrás conmigo que no es fácil”.

Uno podría pensar que, en cierta manera, por momentos, él tenía un poco de miedo -no exageramos-, miedo a esa vida que estaba llevando, porque le costaba, no es fácil lograr. Miren lo que dice dos años después, en su cuaderno de Ejercicios Espirituales:

“Me encuentro ahora en una disposición totalmente opuesta a aquella en que me encontraba hace dos años. Me dominaba el temor y no me sentía de ninguna forma inclinado a las obras de celo -(me dominaba el temor y no me sentía en ninguna manera inclinado las obras de celo, celo por las almas, celo apostólico)- por la aprensión -(otra vez la aprensión, es un miedo)- que tenía de no poder librarme de los lazos que tiende la vida activa en la que veía claramente que me iba a meter mi vocación. Hoy este temor ha desaparecido, todo en mí me lleva a trabajar por la salvación y santificación de las almas; creo no amar la vida sino para eso”.

¿Cómo venció el temor? Con confianza en Dios, porque sabía que era su vocación; sabía que Dios se lo había pedido. Nosotros podemos retrotraernos a los propósitos de los Ejercicios, tan claro vemos las cosas a veces en los Ejercicios y, ¿después? Lo mismo

que Pedro sobre las aguas: “Señor, si eres tú, mándame caminar sobre las aguas hacia tí”; mientras miró al Señor, mientras confió en Él, caminó sobre las aguas; lo mismo nos pasa a nosotros, lo mismo exactamente. No tener miedos.

## PESCADORES DE HOMBRES

Y esa frasecita del Señor tan hermosa y tan profunda: “Desde ahora serás pescador de hombres”, pescador de hombres. Uno puede decir es apóstol; o el cura, sí; la monjita, sí; pero nos dice a todos el Señor eso porque, por el Bautismo, del cual vamos a hablar, somos todos sacerdotes, sacerdocio común, profetas, profetas. El profeta anuncia la Palabra de Dios al pueblo. No es profeta el que dice el futuro, no, -sí también-, pero no es lo más importante. El profeta, lo más importante que hace, es decir lo que Dios quiere que le diga al pueblo; anunciar la salvación a los demás, es algo que debemos hacer por ser bautizados, todos. Yo me tengo que hacer la idea de que, por ser bautizado y más después confirmado, con más razón, soy un pescador de hombres; cada cual, en su lugar, a su modo y Dios sabe.

Estoy enfermo, enferma, no veo a nadie, no conozco a nadie más que la persona que me trae la comida que es más santa que yo, bueno; todas mis oraciones, mi sacrificio, por los pecadores: eso es ser misionero también. La patrona de las misiones, junto con San Francisco Javier, es Santa Teresita del Niño Jesús; caminaba en el patio del convento enferma y la otra le decía: “¿Por qué caminas si estás enferma?”, y ella decía: “Camino para que un misionero camine”. La visión profética, la visión misionera o la misión de ser misionero, es para todos, empezando por casa, mi esposa, mi esposo, mis hijos, mi padre, mis seres queridos, mi vecina y, después, lo que el Señor me pida, mi trabajo, lo que sea; pero me tengo que poner un cartelito que me lo pone el Señor, nada más y nada menos, de ser pescador, me tengo que tomar eso a pecho, no es una metáfora, no es algo que se dice, no, no, no.

Ya iremos viendo, pero hay textos del Magisterio y de santos que hablan justamente de eso: cómo todo bautizado, todo laico, está llamado a anunciar a los demás el Reino de Dios. Todo esto teniendo en cuenta todo lo demás, la confianza en el Señor y todo.

“Y dejándolo todo lo siguieron”. No es que el Señor nos pida a todos dejar todo, pero sí nos pide a todos hacer su voluntad que es dejar las afecciones desordenadas, eso sí nos pide a todos. No voy a ser un pescador de hombres -hay una Biblia, la Biblia de Jerusalén que venía bastante bien, era bastante buena, la última traducción dice pescador de personas- no voy a ser un pescador de hombres sino venzo las afecciones desordenadas. Las afecciones desordenadas, por lo general, van unidas a pecados veniales deliberados, por lo general. Dice San Alberto Hurtado: “La fecundidad apostólica empieza cuando se deja el pecado venial deliberado”; así de sencillo. Hay que luchar, hay que luchar fuertemente.

El padre Buela nos decía terminando el ciclo lectivo: ¿Saben cómo me doy cuenta yo si un seminarista -por un lado nos decía: el seminario es la Misa; como viven la Misa, así viven en el seminario; si no aprenden a vivir la Misa, a morir con Cristo en la Misa, a entregarse con Cristo en la Misa, el seminario va a ser...- pero decía: ¿Saben cómo me doy cuenta cómo ha sido el año de cada uno, quién lo ha vivido bien? Como hacen apostolado. Pero no por la actividad externa de suyo, sino que hacer apostolado de verdad, es decir, morir por las almas, morir a los afectos desordenados, morir al qué dirán, morir a la comodidad, morir implica haber muerto con Cristo primero en la Misa, implica una vida profunda interior.

Hay un libro muy clásico en ese sentido que se llama “El alma de todo apostolado” de Jean Chautard, que justamente habla todo esto. En la medida que uno vive su vida interior profundamente, en esa medida, puede entregar a los demás; si no, no podemos entregarle nada. San Juan de la Cruz dice aquellos que quieren ganar el mundo, conquistar el mundo, sería mejor que dedicaran la mitad del tiempo a rezar y harían muchísimo más bien que lo que hacen; porque a veces, incluso, no solamente no se hace bien, sino que se hace mal; se hace mal. Cuando uno hace sin rezar, puede hacer mal. Antes de darle agua sucia a alguien, mejor no le doy nada.

Una cosa que no les dije: no se sabe qué predicó Jesús ahí en la barca antes de decirle eso a Pedro, pero se puede suponer que predicó sobre la confianza, predicó sobre algo que le dio pie a Pedro para después: “*En tu nombre voy a echar las redes*”; interesante, acababa de escuchar al Señor hablar de algo que puede ser que sí, puede ser que no, -eso es conjetura-, puede ser tranquilamente que el Señor se lo acababa de decir de algún modo que confiaran en Él, que confiaran en Dios

*¡Ave María y adelante!*

P. Gustavo Lombardo, IVE